

«NUNCA HABIAMOS VISTO NADA PARECIDO». Lo comentaban ayer los agentes de policía, que contemplaban estupefactos el estado en que había quedado la estación de Santa Eugenia tras producirse la tercera explosión del día. Los vagones se habían converti-

do en amasijos de hierros entre los que quedaron atrapados los cadáveres, muchos carbonizados. No era extraño encontrarse con restos humanos esparcidos por el andén. En la imagen, uno de los vagones, completamente destrozado, poco después de que se produjera el atentado.

LUCIA MENDEZ

El reloj de la cocina marca las 7.39. Todos los días a esa misma hora, aún medio dormida, te levantas y pones la leche a calentar en la vitro para el desayuno de los niños. Sueña la primera explosión, seca, sin eco. La casa tiembla y tú con ella. Tres segundos para llegar a la ventana del salón y antes de asomarte, el segundo zambombazo. Ya no puede ser un accidente. Asomada a la ventana, como todos los vecinos, llega la tercera explosión. Luego el humo que lo inunda todo. Abres la ventana y entra el olor a azufre. El olor de los atentados. «¡Los trenes, los trenes!», gritan los vecinos. Los niños saltan de sus camas somnolientos y aterrados: «Mamá, ¿qué pasa, qué pasa?».

Estamos en el 30 de Téllez, una calle que discurre paralela a las vías del tren, sólo separada de ellas por un callejón con un muro de escasa altura. Los trenes de cercanías y el AVE se detienen a esta altura de la calle para esperar el momento de entrar en la estación de Atocha. Los vecinos cuyas ventanas dan a la vía están acostumbrados a las sirenas matinales. El corazón te late a cien por hora. La leche se ha derramado en la cocina. No sabes exactamente

Los niños, asustados, no quieren ir al colegio y preguntan: «Mamá, ¿nos vamos a morir?»

qué hacer. El hijo de la vecina sale al descansillo: «Mira, mira, ven». Las ventanas de su casa miran a las vías del tren. Corres, llevas el teléfono móvil en la mano sin saber para qué. Te asomas y allí, justo debajo

de las ventanas, están los cuatro vagones reventados de un tren de cercanías. En la radio y en la televisión aún no dicen nada. El teléfono de la Cope, rápido. A trompicones, le cuentas a Federico Jiménez Losantos lo que ves. El vagón de la locomotora ha saltado por los aires, los dos coches que le siguen han quedado en perfecto estado y los tres últimos están hechos puré, con grandes boquetes en el centro, el techo destrozado y los amasijos unidos a la catenaria, algunas puertas han salido despedidas y están esparcidas por el suelo.

No puedes apartarte de la ventana. No puedes quitar la vista de ese tren reventado. Los niños pululan por la casa asustados, quieren asomarse también para verlo. Lo más sorprendente de los primeros minutos que siguieron a las tres explosiones de la calle Téllez fue ver la tranquilidad y la mansedumbre con la que los viajeros heridos, algunos muy graves, bajaban de los vagones siniestrados. Ayudándose unos a otros, sin gritos, sin terror, sin asistencias sanitarias todavía. Descendían sin mirar atrás, sin volver la vista hacia el amasijo de hierros en el que se había convertido el convoy. Como si vinieran de otro mundo. Algunos se sentaban a los lados de las vías consolando a quienes no podían moverse. Otros se sentaban en las piedras a esperar el auxilio.

Uno de los heridos se tumbó en posición fetal encima del muro que separa la calle de las vías y allí -no se podía apreciar si estaba vivo o muerto- se quedó quince, treinta minutos hasta que ya en medio del marasmo una doctora le examinó, le tapó con una manta y ordenó que le evacuaran. Estaba vivo, aunque apenas gemía.

Desde la ventana, se hizo interminable el tiempo de espera hasta que llegó la policía. Mientras tanto, los vecinos de Téllez 30 empezaron a tirar mantas por las ventanas, otros bajaron con botellas de agua, saltaron el muro y comenzaron a tapar con ellas a los heridos. Tardaron muchísimo más en tapar a los muertos. La vía se pobló con cientos de personas que asistían al drama con una calma estremecedora.

Las víctimas bajaban del tren con calma, sin gritos, como si vinieran de otro mundo

Los viajeros de un tren estacionado en paralelo al de la explosión fueron bajando también con tranquilidad, sin dar muestras de nerviosismo. Como contraste, los vecinos de las calles eran los que gritaban, los

que lloraban, los que se desesperaban.

Una vez llegaron las asistencias, el panorama se despejó con rapidez. Los heridos fueron evacuados en las mantas aportadas por los vecinos de Téllez, la policía ordenó a todos que se metieran en sus casas, aunque la histeria ya se había apoderado de toda la zona. Las asistencias se llevaban a los heridos y dejaban atrás a los muertos. Uno de los cadáveres que salió despedido del vagón aparecía terriblemente mutilado, desnudo, y permaneció así a la vista de todos durante más de una hora, hasta que alguien lo tapó con una manta.

Pasadas las 10 de la mañana, los vagones reventados del tren de cercanías se quedaron solos con sus cadáveres dentro. La paz de los cementerios. La zona fue evacuada porque la policía estaba inspeccionando mochilas y paquetes sospechosos. «Puede haber más bombas, entren en casa, cierren las persianas». En medio del boquete abierto por las explosiones, únicamente se apreciaba un amasijo de hierros y mantas, muchas mantas y esos papeles dorados brillantes con los que se envuelve a las víctimas mortales de los accidentes y los atentados. La radio y la televisión querían saber el número de muertos. ¿Quién era capaz de calcular cuántos cadáveres se escondían debajo de las mantas y

de los papeles dorados? Luego nos enteramos de que fueron 64.

La histeria, el temblor de piernas y de manos, el llanto de los vecinos da paso a la indignación. Sirenas, coches de bomberos, helicópteros, las calles cortadas, los móviles sin funcionar, la policía gritando: «¡Métanse en las casas!».

Por fin, cinco horas después de la explosión llega el turno de los muertos. Vemos llegar a Baltasar Garzón que ordena el levantamiento de los cadáveres. Se instala una tienda de campaña llena de camillas de color naranja. Una multitud de policías, médicos y bomberos se afana en bajar del tren a las víctimas mortales. No es tarea fácil porque los restos humanos están mezclados con los hierros destrozados. Piadosamente, los agentes sostienen en alto una manta detrás de la cual tiene lugar la recogida de los cadáveres. Para que ni siquiera desde la ventana se pueda ver el macabro espectáculo.

Los niños han asistido a este ir y venir de la horrible mañana del 11-M con el miedo en los ojos y en el cuerpo. Casi no han querido desayunar, se han negado a ir al colegio y se han fijado mucho en los bomberos que han pasado por las

Los vecinos de Téllez se echaron a la calle con mantas y agua para auxiliar a los heridos

casas pidiendo colaboración al vecindario. «Mamá, no salgas, no salgas, puede haber más bombas». En mitad del nerviosismo, la pregunta: «Mamá, ¿nos vamos a morir?».